

**LOS NERONIANOS
Y OTROS CUENTOS**

Rubén Silva

LOS NERONIANOS Y OTROS CUENTOS



Derechos reservados 2012

© Rubén Silva

Registro Propiedad Intelectual: 214294

ISBN:

Febrero 2012

Editado por www.escritores.cl

Impreso en Chile / Printed in Chile

A Constanza García

SUICIDIO INMINENTE

A la memoria de Andrés Caicedo.

Le puso play a un disco de Héctor Lavoe y se metió al baño. La música sonó al instante en que abrió la llave y el agua empezó a correr. Se miró al espejo y se encontró demacrado, viejo. ¿Qué de adónde vengo, qué pa` dónde voy? ¿Qué de adónde vengo, qué pa` dónde voy? Tenía los ojos y los pómulos hinchados. Se puso agua en la cara y se quedó mirándose las tetillas que apenas relucían unos cuantos vellos. Se miró fijo, sin apenas pestañar. Pensó en la decisión tomada y en que la genialidad del hombre se acaba a los 25 años. Él tiene la edad suficiente. Lo le lo lai, lo le lo lai, lo le lo lai. Está tranquilo y no muestra ni una pizca de duda. Se afeita y lava los dientes. Está desnudo. Se coloca los lentes y su visión de sí mismo en el espejo se hace más nítida. Realiza una mueca y se deja ver los dientes. Se desordena el pelo y pone diferentes caras cómicas. Se echa a reír. Al que me escucha lo pongo a gozar, al que me escucha lo pongo a gozar. ¡Ey! Sigue mirándose al espejo. Recuerda a Angelita y Miguel Ángel. La noche anterior ellos le suministraron las sesenta pastillas de secobarbital que piensa ingerir. Angelita y Miguel Ángel, los pequeños cinéfilos. Qué será de ellos, qué pasará de ahora

en adelante con sus ajetreadas vidas, se pregunta Andrés mirándose al espejo. El agua de la llave sigue corriendo. Andrés se moja las manos, las enjabona y se las lava. Las lava con frenesí. Intenta no volver a pensar en nadie. Trata de mantenerse frío y concentrado. De a dónde vengo es del paraíso de la dulzura... Se seca la cara y las manos y sale del baño. El tema de Héctor Lavoe terminó. Lo repite. Se sienta en un sillón y suena el teléfono. No quiere contestar. El teléfono suena diez veces y se detiene. Andrés se cruza de brazos, espera y piensa. Espera el momento, el instante, el segundo indicado y perfecto. Tiene una hora establecida. Aún falta. El teléfono vuelve a sonar. Ocho veces esta vez. Andrés no contesta. Se esfuerza en no pensar quién podrá ser. Pero no puede. Cree que es Patricia. El teléfono vuelve a sonar. El sonido agudo se mezcla con el de la música que está escuchando. Borinquen la tierra del edén la que el gran Gautier llamó la Perla de los Mares. Si contesto estoy acabado, piensa. Patricia lo conoce bien, que de escucharlo sabría de inmediato que algo ocurre, iría al departamento y todo se estropearía. Andrés no está dispuesto a que su plan fracase, no está dispuesto a tener que decidir todo nuevamente. Pero el teléfono vuelve a sonar. Andrés se impacienta. Se para y comienza a caminar por el departamento. Ahora está inquieto. El teléfono no deja de sonar. Ocho, diez, doce veces. El teléfono se detiene pero en-

seguida vuelve con el interminable y molesto sonido. Andrés se enoja. Andrés pateo una silla y no lo puede creer. Piensa que alguien lo jode, que alguien está jodiendo su plan. Puerto Rico yo te adoro tierra santa tierra pura. Piensa que alguien no quiere que se suicide; que alguien no quiere que se tome los sesenta secobarbitales; que alguien no quiere que abandone el mundo a los 25 años; que alguien no quiere que deje de escribir y de ver películas; que alguien no quiere que deje el Cine Club... que alguien no quiere que se quite la vida. El teléfono suena. Andrés se acerca a él y se concentra en el sonido, ti-ri-ri-rit, ti-ri-ri-rit, ti-ri-ri-rit. No quiere contestar. Maldice al que se encuentra al otro lado. Ay ven para que veas mi tierra si mi palabra tu dudas. El teléfono se detiene. Andrés se promete contestar si vuelve a sonar. Abre una ventana y mira hacia la calle. Está en un noveno piso. Mira el paisaje, los autos y la gente que pasa abajo. Mira el cielo que está despejado y algunos pájaros que andan volando. Escucha. Escucha los sonidos de afuera y escucha el tema de Héctor Lavoe. La salsa se dice, la salsa brava, la salsa de Lavoe. Y recuerda a Patricia. La recuerda en el Cine Club; la recuerda viendo los Westerns y las películas de terror; la recuerda con Mario, con su amigo Mario, que terminó siendo su enemigo por habérsela quitado. Patricia, Patricia, Patricia, se dice, apuesto que eres tú la que quiere retenerme en este mundo, la que quiere que continúe en

esta pesadilla. Pero no, ya está decidido, ya está decidido, lo repite en voz alta. Y el teléfono vuelve a sonar. Andrés se desespera. Se tironea el pelo y da un grito de rabia y furia. Decide no cumplir su promesa y adelanta la hora estipulada. Esa tierra me tiene loco esa tierra es mí locura. Y corre a la mesa en donde está el frasco de secobarbital. Se sienta, lo abre y con rapidez esparce las pastillas encima de la mesa. La genialidad se termina a los 25 años, la genialidad se termina a los 25 años se dice mientras se echa una, dos, tres y más pastillas a la boca. El teléfono no deja de sonar al igual que la música de Héctor Lavoe.

SUSY

1

La última vez que estuvimos juntos fue para un paseo familiar. Íbamos en el auto de mi papá a ver los fuegos artificiales. El auto iba lleno por lo que ella tuvo que ir sentada en mis piernas. Del viaje recuerdo solo algunas cosas. En un puente mi papá chocó a otro vehículo. El conductor se bajó furioso del auto y lo insultó. Mi papá guardó silencio. Cuando el conductor volvió a su auto pregunté por qué nadie había dicho o hecho nada. Mi papá contestó que él era el culpable. El viaje continuó de forma normal. Al bajarnos mi papá buscó un lugar en la costanera y nos dispusimos a ver el espectáculo. Ella se acercó a mí y me dijo que había escrito un nuevo poema. Yo le dije si podía leerlo. De su cartera sacó una pequeña libreta y me la dio. Lo leí. Era un poema corto y bello. En ese instante corroboré que estaba enamorado. Los dos nos fuimos distanciando de nuestro grupo. En medio de la multitud que miraba el resplandor de las luces se lo volví a decir. Ella me dijo que también sentía lo mismo pero me recordó que lo nuestro estaba destinado a fracasar. Cuando el show terminó mi papá nos invitó a comer completos a un restorán. Yo no dejaba de mirarle las manos. Eran blancas, finas, con uñas perfectamente pintadas. Esa noche hablamos poco con el resto de nuestros primos. Nos pasamos el tiempo mirándonos

de reojo. Me parece recordar que nos mirábamos con un dejo de tristeza.

2

Ella y yo somos o éramos primos y al parecer nuestra corta relación se dio de forma natural. Cuando iba a pasear a su casa ella era la que estaba atenta y preocupada por mí. Me contaba anécdotas de la familia, sus hermanos, sus padres y los abuelos. Cuando niño yo solía hacer dos cosas con las que llamaba la atención: imitar el canto de un gallo y hacerme el muerto. Ella pedía una y otra vez que hiciera alguna de esas peripecias y se preocupaba de poner a todos en atención para mi actuación. Decía miren, miren, Panchito se va a hacer el muerto. Supongo que eso hizo que contra toda naturaleza me fijara en ella.

3

Ella y yo somos o éramos primos y al parecer ella era diferente al resto de la familia. A los 14 años ya tenía un par de pololeos a cuestras y varias libretas llenas de poemas. Ella escribía poemas cuando yo ni siquiera sabía en qué consistía eso. También escuchaba música. Tenía una gran colección de cassettes. Una vez para el desayuno empezó a cantar una canción de Led Zeppelin. Mi tía, su mamá, le dijo que esa canción hablaba explícitamente de sexo. Ella se rió y le dijo que no

era sólo del sexo, sino que también de la vida y de la muerte. Mi tía hizo un gesto de desapruebo. Mi tía reprochaba todos sus gustos.

4

Un día del verano que pasé en su casa llegó a la pieza mientras yo escuchaba música. Me dijo que quería mostrarme algo pero que debíamos salir. Así lo hicimos. Fuimos a un parque. Una vez ahí de su cartera sacó marihuana y empezó a hacer un pito. Yo no sabía lo que era y pensé que era un cigarro y le dije que no fumaba. Ella se rió y me dijo que no era un cigarro sino marihuana. Me convenció de fumar. Me enseñó cómo hacerlo y momentos después me sentí extraño. En el parque no había mucha gente. Ella se paró del asiento y se puso a bailar. Tarareaba una canción y yo me reí. En tanto se movía me dijo que yo era buena onda. Yo le pregunté por qué me había invitado. Me dijo que no lo sabía. Desde ese día pasábamos al menos unas horas a la semana sentados en el parque. Yo tenía 13. Ella 15. En ese verano algo empezó a unirnos.

5

Un día del verano que pasé en su casa me invitó al cumpleaños de una amiga. La casa era grande y estaba llena de gente. La música estaba a todo volumen y para hablar había que gritar. Yo no conocía a nadie. Una chica me invitó una

cerveza pero no la acepté. Nos sentamos junto a un grupo de chicos y chicas. Ella parecía ser el alma de la fiesta. Hablaba con todos y todos le hablaban a ella. La cumpleañera sacó unos pitos. Yo no quería fumar pero lo hice para no excluirme tanto. Al sentir el efecto de la marihuana entendí que mi prima era hermosa. Al darse cuenta que no le quitaba los ojos de encima me dio una sonrisa y me preguntó que cómo lo estaba pasando. Le dije que bien y le pedí la marihuana otra vez. Me cerró el ojo y me la pasó. A partir de ahí mis recuerdos son vagos. La vi en la entrada del baño besándose con un tipo mayor. Sentí celos. Ella me vio y se soltaron de inmediato. Se dijeron algo y él se encerró en el baño y ella se acercó a mí. Me preguntó si estaba bien. Le dije que no sabía. Ella me tomó de la mano y me dijo que la acompañara. Fuimos al patio y nos sentamos debajo de un árbol. Sacó su personal stereo y me hizo escuchar una balada de Ozzy Osbourne. Cuando el tema terminó me preguntó qué me había parecido. Le dije que era triste. Ella dijo que sí. Hablamos sobre algo que no recuerdo. Al final dijo que ambos éramos diferentes al resto de la familia y que jamás nos entenderían. Antes de irnos me propuso que cerrara los ojos. Lo hice y me dio un beso en la boca. Nos besamos. Yo estaba confundido. En tanto entrábamos de nuevo a la casa me dijo que le había gustado mi beso. Que no besaba tan mal.

6

Después de ese día pasamos la mayor parte del verano juntos.

7

¿Y qué pasó después? ¿En qué terminó nuestra amistad, nuestro sutil romance? ¿Alguien lo supo? ¿Alguien se dio cuenta? ¿Ella se lo comentó a alguna de sus amigas, sus primas, sus hermanas o hermanos? ¿Se lo comentó a sus papás? ¿Qué ocurrió dentro de nosotros para terminar atrayéndonos mutuamente? ¿Fuimos contra la naturaleza? ¿Nos encontramos en el comienzo de un abismo o frente a una nueva forma de ser diferentes? ¿Algo cambió en ella cuando más que hacer el amor tuvimos un sexo que rayaba la locura? ¿Algo cambió en mi cuando me dejé seducir y terminamos en su pieza desnudos y sudando? ¿Qué pasó con nuestra sangre? ¿Se contaminó? ¿Desde ese día es que somos malditos, es que estamos malditos?

8

Y hoy por hoy ¿Dónde estamos? ¿Qué quedó de nosotros? ¿Dónde se encuentran esos momentos, esas épocas en donde después de escuchar Rock y fumar marihuana leíamos poemas? ¿Dónde quedamos, dónde nos dejó la vida que comenzábamos a vivir? ¿Qué hubiera sucedido

de haber seguido juntos? ¿Nuestros padres se habrían molestado? ¿Nos habrían reprochado y nos habrían prohibido estar juntos? ¿O nos habrían aceptado y dado un sí de aprobación? ¿Dónde estaríamos hoy día? ¿Cerca, lejos, unidos o distanciados? ¿Aún enamorados?

9

Nos separamos. Ella emprendió un camino diferente al mío. Yo emprendí un camino diferente al de ella. Y aquí estamos, distanciados con la certeza de que jamás volveremos a vernos, de que jamás escucharemos música juntos, de que jamás iremos al parque juntos, de que jamás leeremos poemas juntos, de que jamás estaremos un nuevo verano juntos, de que jamás nos miraremos a los ojos y nos daremos un beso, de que jamás volveremos a tener sexo en la cama de mis tíos, de que jamás volveremos a tener sexo bajo el manzano, de que jamás tomaremos desayuno con la familia, de que jamás nos contaremos nuestros recuerdos y pensamientos más profundos, de que jamás caminaremos por las mismas veredas, por los mismos caminos, de que jamás volveremos a vivir un amor adolescente alejado de toda norma natural.

10

La última vez que estuvimos juntos fue para un paseo familiar. Al día siguiente yo me marchaba. El verano terminaba y me volvía al colegio y a la

ciudad a la que mis padres tuvieron que mudarse años antes. Esa tarde nos despedimos de la familia y como de costumbre nadie salió a dejarnos a la puerta. Subimos al auto mis dos hermanos menores, mis padres y yo. Íbamos saliendo de la casa cuando mi mamá dijo que nos despidiéramos de Susy que nos estaba haciendo señas. De forma unánime con mis dos hermanos nos dimos vuelta y alzamos nuestras manos y las batimos en señal de adiós. El auto comenzó a alejarse y Susy cada vez se hizo más pequeña. Dejamos de despedirnos cuando Susy hecha miniatura dio media vuelta y desapareció.

11

Lo vuelvo a decir: la última vez que estuvimos juntos fue para un paseo familiar. Dos semanas más tarde Susy murió. Jugaba a la pelota con su hermano pequeño. La pelota saltó a la calle y Susy corrió a recogerla. Una camioneta la atropelló. La envistió de costado. Mi tía dijo que quedó a varios metros por delante de la camioneta. En la clínica estuvo dos días en coma y un martes en la tarde se fue para no volver. Cuando mi familia se enteró todos la lloraron menos yo. Yo no pude llorar con ellos. Lo único que hice fue buscar una libreta de poemas que me había regalado y comenzar a leer. Leí sus poemas hasta que me quedé dormido. Pero no fui capaz de llorar en público, ni siquiera en su funeral. Me conformé con llorar

días después solo, sin que nadie me viera, recordando que me había dicho que lo nuestro estaba condenando a fracasar.

IMÁGENES

1

Mi mujer me propuso que nos suicidáramos. Sí, me lo sugirió de una manera sutil y seria. Me preguntó si me gustaría morir con ella. Yo le dije que sí, pero de manera natural, no por una muerte premeditada. Ella se rió. Yo no dije nada. Es más, me preocupé por singular invitación. Es que yo le tengo miedo a la muerte. No le temo a la vida, o a una pandilla de asaltantes, por ejemplo (tengo mis temores naturalmente, como todos; a las arañas, por nombrar alguno, tiemblo cuando veo una; o temo a contraer una enfermedad como la diabetes, que al final sea causa de la amputación de mis piernas. También le temo a quedar sordo o ciego. Incluso en ocasiones sueño con que quedo en estado vegetal producto de un terrible accidente y lo único que me queda funcionando es la conciencia), pero entiendo que le tengo un miedo significativo a morir y en especial a esas muertes que producto de enfermedades terminales, suceden después de interminables agonías. A decir verdad, temo, con un temor cauteloso, que la muerte me encuentre postrado y consciente. Recuerdo la experiencia con mi madre. Ella murió de cáncer, no recuerdo a qué parte del estómago. Estuvo cuatro meses en una cama esperando pacientemente el día en que pasaría al otro lado para desaparecer y no volver jamás. Yo estuve

ahí, los cuatro meses junto a ella. Y me pereció, desde un comienzo, una experiencia aterradora, en donde, supongo, que la mente y la conciencia se activan y dan rienda suelta a una cantidad increíble de recuerdos prácticamente olvidados, que lo único que hacen es atormentar una y otra vez a la persona. Es definitivo, no quiero morir de esa forma. Prefiero una bala rápida que me reviente los sesos. Pero el suplicio no, no lo soportaría.

2

Lo que me propuso mi mujer me dejó preocupado. Y debido a esa preocupación es que me asechó una imagen, una imagen desgarradora de los hechos, de un suicidio consciente y premeditado momentos antes de irme a dormir. En la imagen me vi con ella acostado en una cama, sangrando por las heridas que nos causábamos con afilados cuchillos. Estábamos tomados de una de las manos y con las otras nos cortábamos cada uno su propio cuerpo, especialmente la yugular, una y otra vez. Ninguno de los dos gritaba. Aguantábamos cada corte, cada pasada del cuchillo por la piel. Y nos mirábamos fijo. Nos mirábamos como diciéndonos te amo, te veo al otro lado.

3

Sin embargo en la mañana, habiéndome despreocupado del asunto, otra imagen me abordó.

En la imagen, vi a mis padres, después de unos días, entrando al departamento donde ella y yo estábamos mutilados, bañados en sangre y hediendos a descomposición. Vi a mi difunta madre desfallecer y a mi padre romper en llanto y gritos. Vi el dolor y el miedo; la angustia y la rabia hacia un hecho aparentemente antihumano. Mi padre no sabía qué hacer, si preocuparse de los cuerpos o de mi madre que estaba en el suelo. Ambos estaban en shock. Y los vi, los vi abrazarse y llorar a gritos y decir, por qué, por qué, por qué. Mi madre golpeaba a mi padre en la espalda con las manos. La escena era trágica.

4

Me asusté. Recordé la imagen que hace pocos segundos había visto y me vino un escalofrío en todo el cuerpo. Pero enseguida entendí que un suicidio de las magnitudes que mostraban ambas imágenes, era insólito, por no decir ridículo, y me alivié. Pero el miedo, el miedo a que una escena como esa pudiera convertirse en realidad, no se fue. Entonces decidí llamar a mi mujer. Le conté lo de las imágenes y le dije que no debía proponerme jamás algo semejante. Ella se rió y me dijo que lo había hecho sólo para ver mi reacción.

5

Ese día me quedé pensando en lo sucedido y a modo de terapia, creo, para contrarrestar la pre-

ocupación y el miedo, a una posible situación de esa naturaleza, después de almorzar, enumeré las formas en que no me gustaría morir, pensando en que al verbalizar lo que no me gustaría padecer estaría anulando y matando esta viable experiencia de muerte. Por el momento creo que ha resultado, puesto que aún sigo aquí, vivo, como de costumbre.

“Diez maneras para no morir”

Uno).- Suicidándome a cuchillazos con mi mujer.

Dos).- Ahorcándome en el árbol del patio de la casa de mis padres.

Tres).- Tomándome una sobredosis de cualquier tipo de pastillas, que en una gran cantidad, me produzcan la muerte en instantes.

Cuatro).- Reventándome los sesos con una escopeta.

Cinco).- Cortándome el cuello con una gillette

Seis).- Tragándome centenares de pequeñas tachuelas para destruir mis intestinos.

Siete).- Comiendo vidrio molido en alguna comida.

Ocho).- Asfixiándome con una bolsa de plástico.

Nueve).- Tirándome al metro de Santiago.

Diez).- Estrellando mi auto a toda velocidad contra la parte trasera de un bus.

INSTRUCCIONES PARA QUEMAR UN DISCO DE PEARL JAM

PRIMERA PARTE

UNO).- En ese tiempo yo no leía. Me aburría. Cada vez que intenté leer un libro terminé defraudado. Era el lenguaje, el uso del lenguaje el que me dejaba sin ánimo de avanzar. Aquel lirismo no tenía conexión con mi hablar recurrente. Un hablar seco, cotidiano, grosero. Intuitivamente busqué libros con un uso del lenguaje más cercano. Como no los encontré, mis lecturas por aquellos años fueron nulas. A raíz de esto, de buscar algo y no encontrarlo, supongo que una parte de mí empezó a indagar por otros lados. Y es así como me topé cara a cara con el Rock. Tenía 12 y un amigo me regaló un cassette que había grabado de una radio. Sin mayores alardes me dijo que lo escuchara. Eso hice, para bien o para mal. Desde ese día todo se estremeció, cambió, y mi actividad habitual, después de clases empezó a ser escuchar la radio y grabar y grabar la música que de ahí salía.

DOS).- El Rock me atrapó. Hasta los días de hoy no me ha soltado. Pero en ese entonces, un par de años más tarde del regalo de mi amigo, solía en los recreos ponerme los audífonos de mi personal stereo, sentarme en una banca del patio,

solo, poner play, e irme en un viaje de imágenes, sonidos y ritmos. No me interesaban las actividades que hacían mis compañeros en el patio. Me parecían absurdas, una pérdida de tiempo. Yo me ponía los audífonos y me olvidaba del mundo. Solo de ese mundo (el colegio, las risas, los gritos, el recreo), puesto que siempre terminaba conectándome con el mundo de los recuerdos, con el mundo de la imaginación y con el mundo de la niñez que se estaba perdiendo.

TRES).- También pasaba horas y horas echado en la cama escuchando música. Una vez una tía enfadada me dijo que yo no tenía remedio, que era flojo y lo único que hacía era escuchar Rock. En un comienzo me sentí ofendido. Pero al final comprendí que aquellas palabras eran un alago. Ella no dimensionaba el poder de la música, y si lo hacía, lo hacía de una forma precaria y pesimista. Satanizaba el sonido, la música, y en particular el Rock. En ese entonces yo trataba de ser indiferente, de resistir.

CUATRO).- Pasaba el tiempo y mi gusto por el Rock o Heavy Metal seguía en aumento. Se fueron los cassettes y llegaron los Cds. Empecé a coleccionar Cds.

CINCO).- Iron Maiden, Metallica, Megadeth, Manowar, Motorhead, UDO, Accept, Judas Priest, Sepultura, Criminal, Slayer, Guns and Roses,

Cannibal Corpse, Ozzy Osbourne, Kiss, Cinderella. Y un largo etcétera.

SEIS).- A los 14 comencé a juntarme con Pamela. Nuestros gustos musicales en general eran los mismos. Pero ella escuchaba Grunge y yo Heavy. Ella me pasó discos de Nirvana y Pearl Jam. No me gustaron. Por mi parte le mostré Accept y Manowar. Manowar le gustó. Accept no. Después de eso nos hicimos amigos. Por algunos meses me hizo compañía en los recreos. Escuchábamos discos en nuestros reproductores de Cds. Solíamos escuchar el mismo tema. Cuando faltaban algunos minutos para que el recreo terminara comentábamos lo que habíamos escuchado. Bueno, malo, me gusta, no me gusta, recuerdo esto, recuerdo lo otro, imagino esto, imagino lo otro. Era entretenido hacer ese ejercicio, digamos, de interpretación musical, de indagar en nuestro gusto adolescente y dar una opinión.

SIETE).- Un día nos juntamos después del colegio. Nos fuimos a una plaza a conversar. Ella me dijo que un tema de Pearl Jam le recordaba al puente Brooklyn. Yo le pregunté si había ido a Estados Unidos. Ella me dijo que no. Que tan sólo tenía referencia de fotos y películas. Eso de que cierto tema de Pearl Jam le recordara al puente Brooklyn como si hubiera estado ahí me pareció extraño. Hasta los días de hoy cuando lo recuerdo me parece extraño. Quizá pensó en decirme que

sí, que había ido a Estados Unidos, pero en último minuto recurriendo a la honestidad, sabiendo que no había ido, se arrepintió. O quizá sí fue a Estados Unidos, y me dijo que no, por el solo hecho de no hacerme sentir inferior. No sé. Eso es algo que nunca sabré. De todas maneras me tiene sin cuidado. Aunque a veces me gustaría contactarla solamente para preguntarle si fue o no a Estados Unidos.

OCHO).- Nuestra amistad rápidamente pasó a un romance adolescente. Nos empezamos a escribir cartas y a mí me empezó a gustar Pearl Jam. Sus cartas eran más largas que las mías. Escribía siempre con una letra bien cuidada, buena caligrafía y ortografía. En cambio yo escribí siempre poco, con mala letra y faltas de ortografía. Recuerdo que en una de sus cartas decía que se moría de ganas por darme un beso y que no se atrevía porque consideraba que era yo el que tenía que tomar la iniciativa. Para esas cosas yo era un adolescente tímido y cobarde; justamente pensaba que era ella la que tenía que tomar la iniciativa y besarme.

NUEVE).- Con sus cartas me imaginé cada situación, cada cosa. Pero solo me quedé en eso, en la situación y en la cosa. Supongo que ese beso, el que nunca llegó, fue el causante de que después de algunos meses, creo que dos o tres, volviera a pasar los recreos solo, escuchando música en el reproductor de Cds.

SEGUNDA PARTE

DIEZ).- Un día cualquiera, después de que nos dejáramos de juntar con Pamela por casualidad escuché un tema de Pearl Jam por la radio. A continuación de escucharlo, me entristecí, la recordé. Sin embargo, inmediatamente, esa tristeza se convirtió en rabia, en un profundo enojo hacía esa niña, chica o compañera que me había dejado por no darle en el gusto. Enseguida decidí escribirle, escribirle una carta grosera, llena de odio. Y eso hice. Recuerdo que puse un disco de Marilyn Manson y comencé a redactar. Cuando terminé me di cuenta que había escrito, supongo que en un estado de catarsis y éxtasis, una especie de manual de instrucciones para quemar un disco de Pearl Jam.

“Instrucciones para quemar un disco de Pearl Jam”

ONCE).- Entra al baño y lávate las manos. Una vez lavadas, vuelve a hacerlo. Échate la crema que tengas más a mano. Córdate las uñas. Píntatelas. Tus manos deben estar limpias, purificadas. Sal del baño. Con calma, sin ninguna especie de apuro, dirígete a tu cuarto. Mírate al espejo. Arréglate la blusa, polera o lo que traigas puesto. Mírate las manos en el espejo. Contéplalas. Date el tiempo para hacerlo. Una vez terminada la con-

templación, dirígete una vez más, con calma, sin ninguna especie de apuro a tu pieza, a la colección de discos. Busca los de Pearl Jam. Saca el que más te guste, el que más te traiga recuerdos, el que más aprecies. En lo posible, escoge el disco con el que mi imagen y recuerdo se te vengán a la memoria. Tómallo. Míralo. Vuelve a Mirarlo. Abre y cierra la caja. Saca el disco. Saca la carátula. Mira las imágenes y las fotos. Pon la carátula en su lugar. Pon el disco en su lugar. Cierra la caja. Toma el disco y baja al patio. Una vez más, con calma y sin apuro. Busca leña. Pica leña si es necesario. Has una fogata. Prende fuego y deja que arda por un momento. Mientras arde, contempla el disco sin abrir la tapa. Poco a poco comienza a olvidarlo. Una vez el fuego esté ardiendo al máximo, lentamente, con calma y sin ninguna especie de apuro, deposita el disco en medio del fuego. Con calma, mucha calma. Debes recordar que todo es un ritual, una ceremonia. La ceremonia del olvido, la ceremonia del rompimiento. En tanto el disco se quema, piensa en mí. Piensa en que yo soy Pearl Jam. Piensa que yo estoy ahí, quemándome, muriendo, pagando por la decisión de no besarte. Piensa que me quemas, que me quemas vivo. Que la música soy yo. Cuando el fuego se haya apagado y la madera junto al disco también lo hayan hecho, rocía con agua el lugar de la fogata. En lo posible limpia el lugar y termina el ritual cuanto antes. Luego, mira tus manos,

tus bellas manos, que quizá se estropearon por la leña, el carbón y las brasas; míralas fijo y púdrete. Púdrete con calma, sin ninguna especie de apuro. Ahora puedes comenzar a olvidarte de mí. Y recuerda: Pearl Jam era yo. Ya estoy muerto.

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE

DOCE).- No recibí respuesta. Supongo que se indignó. Que me asesinó en su mente, que asesinó definitivamente mi imagen y recuerdo por completo. Tampoco la volví a ver.

SOLUCIÓN SUICIDA

A D V E R T E N C I A:

“PUEDE QUE SEA NECESARIO ESCUCHAR SUICIDE SOLUTION DE OZZY OSBOURNE, ANTES, DURANTE O DESPUÉS DE LA LECTURA”.

I

A).- Ese día al abrir la puerta llegó un mensaje al celular. “¿Sigues enojada?... estoy en el Kronos ¿quieres acompañarme?” Era F... pensé unos segundos y decidí no ir y tampoco responder a su mensaje. Acababa de llegar de la universidad y estaba desecha. Cuando entré prendí la radio. Sonaba una balada de Skid Row, le di todo el volumen y me fui a duchar. Al caerme el agua tibia por el cuerpo volví a recordar que todos los esfuerzos de semanas de estudio no sirvieron de nada. Había reprobado el ramo de gramática lo que me significaba un año más en la universidad. Recordé también que al ir saliendo de la universidad la Andrea Prieto, una amiga de Roció, mi mejor amiga, me alcanzó. Me dijo que había visto las notas en el mural y que lo lamentaba. “No te bajonees, estas cosas pasan, el otro año lo das de nuevo, sacas el ramo y punto”. Al terminar me dio un golpecito en la espalda y siguió caminando.

Me pareció que se fue riendo. Recordar su actitud me puso aún más triste. Después de secarme y ponerme el pijama prendí un cigarro y me senté en un sillón. Pensé en llamar a F... decirle que lo necesitaba, que a pesar de que estábamos enojados quería saber de él. Pero imaginé que estaría con sus amigos y no lo hice. Traté de pensar en algo distinto y terminé pasando revista a mi vida universitaria. Mientras fumaba me hice un café y me fui a la cama. Puse la tele, estaban dando las noticias. En la octava región había habido un accidente. Un camión había chocado a un Nissan V16 rojo. Las tres personas que iban en el Nissan murieron. Una de ellas era una guagua. Imaginé la tragedia y los días malos que le tocaría vivir a los familiares de los muertos. Al rato, con la tele encendida me dormí.

B).- El sábado me sentí con ánimo y acepté la invitación de unas amigas para salir. Fuimos a un pub. En tanto Sofía estaba en el baño y Cristina compraba unas cervezas yo me quedé en la mesa esperando. Pero al ponerle atención a una canción que sonaba en el recinto me acordé de F..., de mi supuesto pololo, de mi supuesto amigo, que me sacaba de casillas de repente pero que de igual modo terminaba aguantándolo. Hacía dos semanas que no nos veíamos y ya lo extrañaba. Él era un tipo extraño y aún me pregunto por qué me fijé en él. Estudiaba periodismo, leía compulsivamente y escribía poemas. Confieso que lo que

escribía no me gustaba, pero sí me alegré una vez cuando escribió unos versos para mí.

C).- Ese día al despedirme de mis amigas decidí llamarlo. Puse una moneda en el primer teléfono público que encontré y marqué. Respondió rápido. “Estoy en el Bulevar”. “¿Quieres venir? estoy con unos amigos” Le dije que sí, tomé un taxi y partí. Al llegar, estuvimos hablando de libros y música. Yo no le despegaba la vista de encima. Él me miraba disimuladamente. No sé si eran las copas o no pero esa noche lo encontré particularmente bello. En ningún momento mencionamos lo de nuestra última discusión. Al salir del pub me propuso que me fuera a su departamento, me dijo que podía quedarme a dormir ahí. “Es tarde para que te vayas a tu casa, vámonos al departamento”, Yo acepté. Así que nos fuimos. Yo quería estar con él a pesar de todo; quería hablarle y que él me hablara; quería que me hiciera el amor; quería que nuestras peleas se acabaran de una vez y así poder compartir los buenos momentos como debe ser: sin discusiones y malos tratos. Al llegar a su casa me tomé un té y él le dio unos sorbos a una botella de whisky. Enseguida nos fuimos a la cama. “¿Pasó el enojo?” Detrás de darle una sonrisa le dije que sí. Recuerdo que lo hicimos y fue un buen sexo. Pero en la mañana estaba extraño como de costumbre y apenas me habló. Se levantó y fue a ducharse y cuando salió del baño

me dijo que me fuera, que necesitaba reflexionar sobre un asunto y que conmigo allí no podría. Yo no supe qué hacer. Me senté en la cama, medité un poco en mi siguiente reacción y terminé diciéndole que era un maricón, que sólo cuando quería sexo y compañía se acordaba de mí. Me dio una serie de excusas y explicaciones a las que yo no presté atención. “Discúlpame, no es nada en contra tuyo, es que tengo que pensar en algo, es todo” No lo escuché y mientras me ponía la ropa lo volví a insultar. Él se sentó a los pies de la cama y me miró confundido. Yo pasé al baño, me lavé la cara, me peiné un poco y salí. Al estar a punto de cerrar la puerta le dije que lo nuestro se había acabado.

II

A).- Y así fue, todo acabó, pero acabó de una manera triste y rápida, inesperada. ¿Por qué uno no podrá imaginarse lo que pasará? ¿Por qué uno no podrá recordar el futuro? De seguro nos evitaríamos problemas y malos ratos, tragedias que estarían lejos de modificar nuestra vida. Sin ni siquiera imaginarlo, momentos o días después de que yo me fuera de su departamento F... se pegó un tiro en la cabeza. Se sentó en la taza del baño y se disparó. Nadie supo el porqué. Nadie tuvo

razones para sospechar el motivo de su decisión. El cuerpo lo encontró su hermano mayor algo de una o dos semanas más tarde. Y ahí lo vio, sentado en el wc, con los ojos abiertos, la cabeza destrozada y su cuerpo en un avanzado estado de descomposición. Al enterarme de la noticia no lo pude creer. Lloré y recordé ese último día en su departamento cuando me decía que tenía que pensar seriamente en algo. ¿Cómo no lo supuse, cómo fui tan egoísta y no pude preguntarle qué era lo que le pasaba? ¿Cómo no pude ayudarlo?

B).- El día del entierro estuve en el cementerio 15 o 20 minutos antes que llegara la carroza. Era un día soleado y cálido. Me quedé a una distancia prudente de donde iba a ser enterrado y me senté en una tumba nueva, sin inscripción alguna. La miré fijo y por un momento pensé que esa tumba sin nombre ni fecha de nacimiento ni de defunción podría ser la mía, mi tumba, la que aguardaba para el día de mi deceso. Pero me dio miedo y lo dejé. Traté de pensar en algo menos trágico. Momentos después llegó un mensaje al celular. Era Rocío que me invitaba a salir. Ella no tenía idea de lo que había pasado, tampoco tuve tiempo ni ánimo de contarle que F... se había matado, que F... se había quitado la vida. Al terminar de leer el mensaje revisé los que me habían enviado a modo de entretenerme en algo y no pensar en la muerte. Para mi sorpresa aún guardaba el men-

saje de F... el mensaje de la entrada de la puerta, me dije, el del ramo reprobado, el de la balada de Skid Row, el de la ducha, el del recuerdo del absurdo comentario de la Andrea Prieto, el del cigarro, el de la cama, el del accidente del auto en que murió una guagua, el mensaje de Francisco:

¿Sigues enojada?... estoy en el Kronos ¿quieres acompañarme?" 14/12/2007 20:45

C).- Cuando apreté 4 veces atrás en el celular y lo guardé en mi bolsillo, a lo lejos, entrando en el cementerio, vi la carroza llena de flores y un tumulto de gente que se dirigía hacia mí.

DON A

Don A me dejó una fuentecita con papas fritas. No me gustan las papas fritas, mucho menos cerca de las once de la noche. Pero no tuve más remedio que aceptarlas, puesto que llegó y las puso en la mesa y me dijo: toma, te traje un poco de papas. En un comienzo no me dio que pensar, lo tomé como un simple gesto de cortesía de parte de don A, el Inspector General del Internado de la escuela. Sin embargo al rato, su actitud se me volvió extraña, por el hecho de recordar que hace algún tiempo me ha estado observando con bastante detención. A raíz de este recuerdo, he comenzado a imaginar el porqué de esta acción, el de su ofrecimiento de comida y en las ideas que podrían estar detrás de esos continuos ojos vigilantes. Imagino, por lo tanto, que don A cree que soy un bicho raro, algo así como el bicho verde en el que se convierte José K. O que soy un profesor solitario, arrogante y misántropo. O que soy un tipo introvertido, que no habla más de la cuenta, que no echa tallas ni se anda riendo. O que trabajo y trabajo todo el tiempo y que este tiempo comienza justo cuando, por ejemplo, hay que entablar una simple conversación, o preguntar cómo está, o cómo está el tiempo, o cómo durmió anoche. Supongo que todo esto lo imagino, y sospecho que es así. Y este sospechar no es

mera coincidencia, es producto, tengo que decirlo, de algunos indicios, de algunos comportamientos que me han hecho generar esta actitud.

1).- Hace algún tiempo, y esto por pura casualidad, escuché una conversación entre él y una cocinera. La cocinera le preguntaba si yo iba a llegar a almorzar al internado, a lo que él respondió que no sabía, “no tengo idea” es precisamente lo que dijo, y comentó que yo era mal educado, porque nunca decía si llegaría o no a almorzar. Recuerdo que a esto agregó que yo era una persona extraña, que daba la impresión de andar siempre con la cabeza en las nubes.

2).- En una ocasión don A me preguntó si iba a hacer las clases de los días martes a las 20:00 hrs. Yo le dije que no las haría porque los materiales se me habían quedado en otro bolso. Su rostro cambió y dijo “puta la lesera, tienes que avisarme con anticipación”, o algo parecido, a lo que yo no respondí nada. Momentos después, y de seguro aquí otra vez por pura casualidad, lo escuché comentar a la señora encargada de cuidar a las mujeres del internado que estaba seguro de que yo andaba solo sacando la vuelta. (He aquí algo muy cierto que hay que reconocer: constantemente saco la vuelta, como se dice, al trabajo. Empiezo las clases, por ejemplo, varios minutos después de la hora de inicio o termino las clases varios minutos antes de la hora de término).

no. Cuando no quiero hacer clases, doy trabajos o las famosas “actividades”, y me dedico a mirar como mis estudiantes trabajan en algo que tiene relativo sentido para con los contenidos que están siendo abordados, y escaso, por no decir ninguno, con la vida privada y cotidiana de cada uno de ellos. Esto nada más para tener una idea. Pero cayendo en eso que algunos llaman sinceridad, puedo decir que me es, la mayoría de las veces, un suplicio saber que llegará el día lunes y tendré que pararme frente a un grupo de personas que supuestamente son estudiantes, a dictar una clase; el martes ese suplicio aumenta; el miércoles explota; el jueves poco a poco se empieza a comprimir, para que al final, el viernes implusione y se guarde para nuevamente explotar el día lunes minutos antes de sonar la campana para entrar a clases. La verdad, lo que me motiva a estar dentro de esa catacumba, o mejor dicho, lo que me ayuda a aguantar estar debajo de esa catacumba, que es para mí, la sala de clases, es que de lunes a jueves a las 18:00 hrs, y viernes a las 13:30, mi jornada de trabajo concluye y puedo dedicarme a la lectura, a escribir una que otra “cosita” en el Word, a escuchar alguno de mis discos de música, o a hablar por chat con mi mujer). Lo que acaba de ocurrir, como puede ser obvio notar, es que los paréntesis intervinieron, y gracias a ellos me fue posible darle cabida a otra, u otras historias, en rigor simples hechos, que en este caso, no podrían

haber sido contados de no existir estas barritas ovaladas hacia afuera... Pero continuemos.

3).- Una vez, don A me dijo expresamente que yo era adicto a la computadora. Y este episodio lo recuerdo bien. No tal cual ocurrió, palabras exactas, orden exacto del diálogo, pero sí lo sustancial del asunto.

¿Te gusta jugar a la pelota?

No, nunca fui bueno para hacer deporte.

¿Y qué te gusta hacer?

Leer, escuchar música, hace poco aprendí a jugar ajedrez.

Ah, eso no me gusta. Me aburre mucho el ajedrez.

¿Así que nada de deporte eh? Pero por lo visto eres adicto a la computadora.

Lo que sucede es que estoy acostumbrado a comunicarme con mi mujer por este medio. Ella está lejos. Las circunstancias lo ameritan.

Con esto está bien. Supongo que podría llegar hasta el número 10 redactando estos “algunos indicios” del comportamiento observador de don A hacia mí. Pero es suficiente. La cosa es que, aunque no sepa muy bien por qué, creo que don A se ha hecho una imagen un tanto oscura de mí, en

el sentido de que soy un sujeto solitario, que tiene pocos amigos, poca gente cercana con la cual hablar, y que, a través de la computadora y sus libros, trata de escapar a ese mundo desolado. Supongo piensa que la soledad es una gran desgracia, que no me gustaría estar así, sentirme así, y que al contrario me encantaría tener amigos, hablar con la gente, ser más comunicativo, más alegre, en definitiva, ser más social. Y he aquí la fuentecita con papas fritas. La fuentecita de papas fritas como un acto de afecto, de acercamiento, de arma contra la soledad, de arma para acabar con la soledad; de compañerismo y acción en pos de la preocupación del prójimo. En resumidas cuentas un acto de humanidad. El humano frente al antihumano. Lo que debe ser, frente a lo que no debe ser. De ser así, que el comportamiento de don A sea producto de todo lo ya mencionado, puedo decirles abiertamente que está equivocado. Equivocado, muy equivocado. Podría decir muchas cosas, pero por falta de ánimo diré sólo una: la soledad no es una desgracia, así como tampoco lo son mi falta de comunicación, de alegría y de sociabilidad. Muy por el contrario, estas conductas o actitudes, ahí puede juzgar mejor el experto, el psicólogo o psicopedagogo, me son necesarias, requeridas y queridas para poder soportar, para poder resistir y poder convivir con el gran trabajo físico, intelectual y psíquico que es el estar vivo y consciente, en un lugar extraño y lejano.

A esta hora don A ya está durmiendo, y como es costumbre, al irme a dormir, escucharé sus ronquidos, y en la mañana él será el primero en levantarse y despertarnos a todos, los que por uno u otro motivo, voluntario o involuntario, estamos aquí, internos, por no decir, encerrados.

UN CUENTITO DE AMOR

A mí me lo habían dicho pero como toda pen-dejita ingenua terminé enamorándome locamente de ti. Y te seguí, te seguí incluso después de voltearte un día en plena calle y me dijeras no insistas vas a sufrir. ¡Si hasta tú me lo dijiste! Me dijiste que pare, que me detenga, que interrumpa esa cacería adolescente de la cual tú eras el trofeo. Tú me lo advertiste. Todos me lo advirtieron pero yo no escuché. Y aquí estoy, aquí me tienes arrepentida de haberme entregado a ti.

Sabes, eres un desgraciado. Cómo pudiste tomarme y hacérmelo todas las veces que quisiste y al final negarlo todo cuando apareció esa putita de tu ex. ¿A caso ya no te satisfacía? ¿A caso te aburríste de mi cuerpo y volviste a tu vómito, a tu carroña? Supongo que sí, que volviste a tu vómito y a tu carroña porque eso eres tú, un carroñero y un puto Panchito, un puto.

¿Me quieres? Sí. ¿Te gusto? Sí. ¿Te gustaría andar conmigo? Sí. A todo decías sí, mariconcito, a todo. Pero por dentro estabas consciente que me estabas usando, que solo te estabas sacando las ganas conmigo. Porque estabas solo, te habían pateado y no habías sido tú el que terminó ese gran pololeo de cuatro años. Todo se sabe Panchito. Ahora ya no puedes mentirme, no pue-

des hacerlo porque lo sé todo. Sé que después de mí nada te ha resultado y quizá nada te resulte. Es que yo soy chica, menor que tú, pero inteligente, me las traigo, y me pueden engañar una vez, pero después no. Después no me engañan, después yo engaño y cobro venganza. Pero en este caso no cobré venganza personalmente porque ésta llego solita, sí, sí señor, llegó solita.

Y hoy todos lo saben Panchito, todos saben que estás cagado, encerrado, vuelto loco, y todo por mí, todo por dejarme. Es que Panchito se aburrió y se fue; es que Panchito anda de viaje; es que Panchito es tan buen alumno que se ganó una beca para ir a estudiar al extranjero y no volverá más. Ja, qué buena broma me han gastado, qué buena broma te han gastado al encerrarte Panchito, al encerrarte y dejar que la locura te haga pedazos; porque no me vas a decir que allá adentro te curarás, ja, que va Panchito, allá adentro no te curas, allá adentro te mueres y te pudres. Pero como ves yo estoy aquí afuera como lechuguita, a veces destruida por dentro, pero siempre sonriente, siempre alegre.

Sabes, aunque este mundo esté lleno de maricones como tú, la vida es bonita, es bonita Panchito. La vida aquí afuera sin medicamentos, sin drogas, sin camisas de fuerza es preciosa. Los días soleados, la lluvia, el viento, ¿No los sientes? ¿No recuerdas la lluvia o el viento golpeando tu

espalda? Qué vas a recordar, si estás más loco que una cabra. Se te dan vuelta los ojos, se te cae el pelo y la baba, tu cabeza está quién sabe dónde y quién sabe en qué lugar tú yo, anda perdido.

¿Y qué hay de tus pinturas? ¿Qué hay de esas hormigas gigantes caminando en autopistas por debajo de múltiples platillos voladores? ¿Ahí te dejan pintar? ¿Los doctores te dejan pintar cuadros y después regalárselos a las minas? O tus canciones, tu música y tus poemas ¿Qué hay de ellos? ¿Dónde están? ¿Te dejan escribir, te dejan escribir canciones y poemas? ¿O te tienen con las manitos atadas y los ojitos vendados? Ja, ya lo sé Panchito, ya lo sé, no te molestes en contarme. La Verito me lo cuenta todo ¿sabes? y ahí no puedes pintar, ni escribir canciones, ni poemas, porque te tienen aislado, dándote a cada cierto tiempo lecciones de corriente, de electroshock.

Pobre, pobre Panchito. ¿Viste lo que pasó por dejar a esta pendejita? Mi mami te dijo, te dijo que si estabas conmigo debía ser para siempre, sino, algo malo te pasaría; y tú me dejaste, me abandonaste y pasó lo que mi mami te dijo. Ella no miente, ella es buena, lo vuelvo a decir, ella no miente, ella es buena. Y ahora tú lo sabes muy bien, y también sabes que con Angelita no se juega, que con Angelita no se miente ni se trata de pasar de listo, porque ella tiene quién interceda por ella. Conmigo no se juega. Recuérdalo, no se juega.

Y hoy por hoy Panchito, los médicos y las demás gentes tienen una, dos, tres y quién sabe cuántas respuestas más para tu locura, nombres y más nombres para el porqué de tu comportamiento anormal. Pero yo sé la verdad, aunque no lo creas, sé la verdad. Un día, vi a mi mamita pedirle a un santito, que cobre venganza, que no deje impune el daño que le habían hecho a su hija, su única hijita. Y el santito respondió ¿sabes? Yo lo sé, además la vi, vi a mi mamita hacer el ritual en la oscuridad de la noche, el día preciso, el momento preciso, con los implementos precisos. Y todo salió bien. ¿O hay alguna duda en eso? No, no la hay, no la hay. Mi mami te dijo Panchito: la Angelita se toma y no se bota. Pero no cumpliste y ahora tienes lo que te mereces. No me digas que es injusto, porque lo que tú me hiciste fue grave, muy grave. A una pendejita de 17 no se le ilusiona así como así. No, no señor, eso sí que no. Eso no lo hace nadie que no tenga que pagar con su vida el daño causado a una pobre criatura inocente como yo.

LOS NERONIANOS

A

F y J son grandes amigos. Se conocieron en la facultad de artes de la universidad y por esas cosas de gustos musicales y literarios comenzaron a juntarse todos los días después de clases. En ocasiones era para hacer un trabajo, para estudiar o para irse a alguno de los bares cercanos a la facultad a tomar cerveza y conversar. Frecuentaban todas las fiestas a las que eran invitados y comenzaron a caracterizarse por andar siempre juntos, por defenderse mutuamente en cuestiones académicas y por ser los sujetos que en la universidad lo criticaban todo. Desde el compañero flojo o incompetente hasta el académico que se olvidaba de los autores o las teorías de los autores en sus clases. Sin embargo se caracterizaban también porque no se medían en elogios para los profesores que ellos creían geniales. Idolatraban a un profesor de composición que se había ido a hacer clases a España; idolatraban a un profesor que se había ido a Argentina a presentar sus investigaciones relacionadas a las etnias y a la interculturalidad; idolatraban a una profesora anarquista y seguidora de Foucault que además salía con ellos a fiestas y a bares. Pero por sobre todo idolatraban a una profesora que tiempo más tarde se fue a Inglaterra a hacer un doctorado en Teoría del Arte. Ella es C la profesora de filosofía, y que

al igual que F y J, era una gran entusiasta del Emperador Nerón.

B

La primera vez que F y J se juntaron con C fue una tarde después de clases en un café. Es necesario puntualizar que tanto F como J en ocasiones anteriores se habían juntado con C pero de forma separada. F solía juntarse con ella para que le revisara algunos poemas y J simplemente a hablar de filosofía o la vida cotidiana. Pero como he dicho, la primera vez que F y J se juntaron con C fue una tarde después de clases en un café. Allí hablaron desde los problemas de la universidad hasta la posible realización de una revista literaria. A pesar de lo dispersa que fue la conversación el tema de fondo y central fue Nerón. C les comentó que también era una admiradora de Nerón, después de que F asegurara su admiración por el matricida al terminar de leer el libro de Edward Champlin titulado, Nerón. Por su lado J también admiraba al Emperador y comentó acerca de una película sobre él pero que le pareció pésima. Todos concordaron que una de las cosas que más les gustaba de Nerón era su determinación, constancia y obsesión por los asuntos artísticos. Pero discreparon en las cuestiones más polémicas. C afirmó que aborrecía el hecho de que Nerón haya matado de una u otra manera a familiares cercanos. F respondió que a pesar de todo eso era una constante en la

sociedad romana, y que haría muestras históricas de que Nerón también sintió culpa y algo de arrepentimiento después de al menos el asesinato de su madre. A su vez J aseguró que esos hechos para él eran irrelevantes puesto que nunca se sabría si fueron o no reales. C recalcó que pese a todas las posibles contradicciones históricas, en la antigüedad siempre existió un consenso sobre la realización de esos actos. Al final los tres concordaron que en la historia de Nerón colindaban tanto la fantasía, el mito y la realidad, y que pese a ello, el Emperador era completamente admirable.

C

Fue así como estas reuniones entre F, J y C se fueron haciendo cada vez más recurrentes. Como se ha mencionado, los temas tratados en ellas eran de los más variados pero siempre se terminaba con algo relacionado al Emperador. En una de estas ocasiones la hora avanzó demasiado. C era de una ciudad cercana y debía tomar todos los días un bus para dirigirse a su departamento. Esa noche cuando miró la hora se dio cuenta que no tenía cómo regresar. Amablemente J la invitó a quedarse en su casa, puesto que vivía sólo y tenía una pieza de invitados. Algo nerviosa, porque no estaba acostumbrada a dedicar tanto tiempo a conversar y a quedarse hasta altas horas con estudiantes, C aceptó. J propuso que F también fuera así podrían seguir conversando ya que era

algo insólito tener a C en su casa. Momentos más tarde los tres estaban en el comedor de J. Él sacó unas botellas de vino y todo siguió con naturalidad. En un instante C les preguntó si habían visto Quo Vadis. F dijo que no. J dijo que sí y de hecho tenía la película entre las de su colección. A petición de C, J puso la película. C le pidió ver las escenas donde salía Nerón interpretado por Peter Ustinov porque C admiraba su actuación. A J no le gustaba esa película. Prefería la versión polaca de Quo Vadis del 2001. C dijo que también la había visto pero le parecía muy mala. En tanto ellos hablaban sobre las dos películas F llenaba las copas con más vino. C algo emocionada les dijo a F y J que pusieran atención en una escena donde Nerón hablaba con Popea. En medio del silencio F dijo que en vez de Popea debía estar el liberto con el que Nerón se casó posteriormente. Los tres se echaron a reír. La película quedó avanzando y las copas de vino a cada cierto tiempo iban siendo llenadas o por F o por J. A eso de la dos de la mañana tanto F como J estaban borrachos. C que no estaba acostumbrada a tomar vino también lo estaba. La conversación a ratos se hacía inentendible. El volumen de voz de los tres había subido considerablemente y el tema de conversación de un momento a otro pasó al sexo. C en tanto prendía un cigarro les preguntó a F y a J qué opinión tenían de las orgias. F contestó diciendo que en la antigüedad era algo normal y que en la sociedad

actual sin duda se seguían practicando pero de manera clandestina. J fue más explícito y contó que una vez había participado de una. C quiso detalles. J se los dio. C quiso saber si F había participado en una. Para su sorpresa le dijo que sí. También le pidió detalles. Él también se los dio. J que siempre fue más osado al terminar F su relato hizo la pregunta de rigor. C contestó que sí, que cuando era estudiante participó no quizá en una orgía pero sí de un trío. Nadie dijo nada. Por unos segundos hubo silencio. La película ya había terminado. F sirvió más vino y C prendió un cigarro. Al instante C pidió que se pusiera música. J puso Jazz y C sin preguntarle a nadie se paró de su asiento y se puso a bailar. F de copa en mano la siguió. Momentos después se unió J. Los tres en completo estado de ebriedad se movían al ritmo del Jazz. C pidió un brindis por el Emperador. A viva voz los tres brindaron y vaciaron sus copas.

D

Lo que ocurrió después es fácil de imaginar. F y J tuvieron sexo con C o quizá C tuvo sexo con F y J porque fue ella la que en todo momento dominó la situación. A la mañana siguiente los tres se dirigieron a la universidad.

E

Después de eso las reuniones de F, J y C en bares y cafés se hicieron más consecutivas. C les

traía libros, les hablaba de filosofía o simplemente les contaba en qué iba un Magister que estaba realizando en México. Ellos por su parte le conversaban de sus últimas lecturas o los discos que habían escuchado. Y como de costumbre aunque haya sido por un instante salía a colación el tan afamado y criticado Nerón. En una de esas reuniones J les contó que había visto un documental en el que se decía que Nerón como pasatiempo bajaba encapuchado a los suburbios y mataba gente. C dijo que no creía eso, pero de todos modos hacía más fascinante y aterradora la vida de Nerón. F dijo que había documentación seria que apoyaba esos hechos. Ese día la conversación giró en torno a esa problemática. Entre varias otras cosas J dijo que esa manía por abusar del poder no podía venir sino de haber tenido y ejercido el poder absoluto de todo el mundo conocido. C concordó con él sin embargo aseguró que eso no justificaba que al fin y al cabo, al ser eso cierto, fuera una conducta ampliamente repulsiva y criticable. F para sorpresa tanto de J como C dijo que estaba completamente de acuerdo con esa manifestación de la violencia y que ella debía entenderse como una práctica común para la época. Dijo que un siglo antes de Nerón, Celio Rufo había hecho algo similar. También actuó de igual manera Otón, Lucio Vero, Cómodo y en ocasiones Marco Aurelio. Extrañada C le preguntó por qué estaba de acuerdo con ese planteamiento. F con

tranquilidad le dijo que era por simple elección, por una simple elección que debía dejar de lado todo asunto ético y moral. C continuó preguntando. F respondió diciendo que tanto la paz como la violencia son inherentes al ser humano y que uno escoge a cual alimentar. Si la violencia fuera la paz o la paz la violencia todo avanzaría hacia el mismo lado, reafirmó enfático. C con una sonrisa en los labios dijo que ese era un argumento en extremo básico sino absurdo. J se rió y le dijo a F que de seguro hablaba en base a una creencia de la cual en el fondo estaba en desacuerdo. F reflexionando seriamente dijo, que antes de morir le gustaría saber qué se siente matar a un hombre, sentir por un momento lo que sintió Nerón al clavar un cuchillo en el pecho de otro ser humano. Los tres guardaron silencio por un instante. C se dedicó a refutar con buenos argumentos lo dicho por F. Por su parte F se dedicó a contestar seriamente y con puntos de vista cada vez más radicales. J entendió que debía cambiar el tema puesto que la discusión se estaba tomando muy en serio. Y así lo hizo. Pero a su vez entendió que algo se había o estaba gatillado en su amigo.

F

Ese día a C se le hizo tarde y nuevamente J se ofreció para darle alojamiento. Ella accedió con humor y tomándose ciertas atribuciones invitó a F para que también fuera. Estando los tres

en la casa y después de un rato de conversación, vino y música, el sexo se dio con facilidad. C quiso experimentar y los gemidos y la penetración se rodearon de cierto malabarismo y acrobacia. Después de haber terminado y estando los tres exhaustos en la cama, F dijo que se había decidido. Que mientras lo hacían barajó todas las posibilidades. J y C se miraron extrañados al instante en que F comenzó a vestirse sin apuro. C le preguntó a dónde iría. F le dijo que no muy lejos y que de seguro regresaría antes del amanecer. Por su parte J insistió en que no hiciera una locura, que de seguro la policía daría rápidamente con él y ellos también se verían involucrados. F les dijo que confiaran y que no se verían involucrados. J en un ataque de desesperación lo tomó de los brazos y le dijo que estaba loco y que no hiciera algo semejante. F se liberó con agresividad y le dijo que todo estaría bien y que simplemente quería sentir la sensación, quería estar en el lugar del Emperador. J lo insultó. De la cama C le gritó que volviera, que ella era una profesora y no quería verse involucrada en algo semejante. Al instante la puerta del comedor se abrió y enseguida se escuchó el sonido que da cuenta que se acababa de cerrar. Ninguno de los dos pudo dormir.

G

Algunas horas más tarde F entró por una ventana y se paró frente a la cama donde estaban aún despiertos J y C. Con naturalidad les dijo que ya estaba hecho, que había matado a un hombre, que había matado a un vagabundo que dormía en un callejón. J y C se miraron estupefactos. Ninguno de los dos entendía nada. Sin decir palabra miraron como F se desnudaba y se metía al baño. J se levantó y se fijó que su chaqueta tenía manchas de sangre. J se sentó en la cama, junto a C. No supieron qué decir. Los dos se mantuvieron en silencio mientras escuchaban el sonido de la ducha que salía del baño.

EL ASESINO

Introducción

El relator de la historia conoce por medio de un amigo a un grupo de chicos y chicas que les gusta el Rock y carretear. A través de una cercana amistad con el líder del grupo su vida toma un giro inesperado.

Personajes:

Andrés: antiguo amigo del relator que le presenta a este el grupo de chicos y chicas rockeros.

Mano: líder del grupo de chicos y chicas rockeros que se hace íntimo amigo del relator de la historia. Se apoda Mano por ser fanático del grupo de Heavy Metal Manowar.

Ximena: integrante del grupo de chicos y chicas rockeros que es íntima amiga de Vanesa.

Vanesa: integrante del grupo de chicos y chicas rockeros que es íntima amiga de Ximena.

Margaret: integrante del grupo de chicos y chicas rockeros de la cual se enamora el relator de la historia.

Esteban: integrante del grupo de chicos y chicas rockeros.

Lichy: señora que se dedica a la venta de marihuana.

Historia:

1).- Un día del que ya no recuerdo fecha ni hora quedé de acuerdo con Mano para ir a su casa a escuchar música. Había pasado un tiempo en el que nos hicimos amigos sin importar nuestra diferencia de cuatro años de edad. Una vez en su casa su mamá me dijo que lo esperara porque aún no se levantaba. Mientras su mamá me servía un vaso de bebida Mano salió de la pieza con su típica vestimenta de rockero. Me saludó y de inmediato me pasó dos cassettes para que los escuchara en tanto iba al baño. Me extrañó verlo salir de la pieza con esa ropa porque me había hecho la idea que saldría con algo parecido a un pijama. Pero salió vestido y eso me hizo pensar que no estaba durmiendo, que tan solo estaba encerrado haciendo no sé qué a esas horas de la tarde en una pieza, que después supe, no tenía luz.

2).- Al salir del baño se sentó a mi lado y me dijo que quería que yo escuchara un tema. Detuvo la cinta que yo había puesto y sacó una del bolsillo de su camisa. Buscó el tema adelantando y retrocediendo el cassette y cuando lo hubo encontrado me dijo que escuchara. Todavía recuerdo la música que salió de esos parlantes. Era una balada, Amamos la Vida de Accept. Nos quedamos en si-

lencio dejando que la música avanzara poniendo atención en cada nota, cada solo, cada melodía de esa canción.

3).- Cuando hubo terminado el tema me dijo que fuéramos a la casa que tenía atrás en el patio. Trasludamos el equipo de sonido. Llevamos una caja con cassettes y nos sentamos a escuchar música. Era primera vez que entraba a ese lugar, una pequeña casa de tres piezas. La primera pieza que habíamos ocupado para escuchar música tenía un poster de Jim Morrison, uno de Ozzy Osbourne y otro de un grupo que no recuerdo. En tanto Mano buscaba una cinta para escuchar yo miraba y miraba los posters. De hecho hasta ese momento no sabía quiénes eran. Lo supe sólo porque se lo pregunté. Me dijo que el de la entrada era Jim Morrison, el que en una ocasión se masturbó en el escenario estando drogado. Yo me imaginé la escena. Me reí y le pregunté si eso era cierto. Leyendo los nombres de unos cassettes me respondió que sí lo era. Entonces me dijo que había encontrado lo que quería que escucháramos. Puso el cassette en el equipo de música, puso play, después pause y me dijo que esperara un momento. Se paró y fue a la pieza de al lado. Trajo una escoba y la dejó apoyada encima de la mesa. También salió al patio y cortó dos varillas de un árbol que estaba cerca de la casa. En la entrada limpió las ramas sacándole las hojas y entró. Al

hacerlo se sacó la camisa a cuadros y la amarró al palo de la escoba. Cuando terminó me dijo que íbamos a imaginar como si estuviéramos tocando. Yo pensé estás loco Mano, esto es una estupidez, pero como era costumbre, no tuve más remedio que hacer lo que proponía. Esta era una de las particularidades de Mano, la de no preguntar qué se podía o no hacer, sino que con autoridad ordenar lo que él quería que se hiciera.

4).- Pasándome las dos varillas que acababa de sacar del árbol me dijo que yo tocaría la batería y que él cantarí. Puso play al equipo de música y el tema empezó a sonar. Era The End de The Doors. Mano cerró los ojos, agarró el palo de escoba con las manos, agachó la cabeza y esperó. Empezó a moverse despacio, de un lado a otro. En ocasiones corría hacia atrás el mechón de pelo que se le caía a los ojos. Yo empecé a golpear las varillas contra la mesa al ritmo de la música. Cuando la letra y la melodía de la canción empezaron a sonar Mano conjuntamente comenzó a mover la boca. Conocía la letra porque su boca se movía al tiempo y al ritmo justo. A veces él abría los ojos y me miraba. Yo esquivaba su vista y seguía golpeando la mesa. Un momento más tarde Mano se volteó dándome la espalda.

5).- Después de cantar un rato de esa manera, Mano se volteó bruscamente y me dijo que pusiera atención a la letra que estaba por venir y que él

me traduciría. Y así fue. Father, yes son, I want to kill you, padre, si hijo, quiero matarte, Mather... I want you... fuck you, Madre, quiero follarte...y al ritmo de la música mano comenzó a bailar como indio y a gritar, fuck, fuck, fuck yeah, kill, kill, kill, yeah. Por mi parte hice lo mío: cerré mis ojos y comencé a pegarle lo más fuerte que pude con las varillas a la mesa. Una se rompió pero no fue pretexto para no seguir. Mano estaba en el suelo dando vueltas con el palo de la escoba en la mano. La música nos había poseído.

6).- Al terminar la canción el cassette se detuvo. Mano quedó un instante más en el suelo, quieto, sin moverse. Yo estuve inmóvil con la vista pegada en el poster de Morrison, dándome cuenta por primera vez el leve parecido que tenía con mi amigo.

7).- A la semana siguiente cuando me junté con Mano me dijo que no le contara a nadie lo que habíamos hecho. Le prometí que no lo haría. Fue una promesa en falso porque un día al regresar a mi casa me encontré con Andrés y le conté con detalles lo que había pasado. Para mi sorpresa él me dijo que había tenido la misma experiencia tiempo después de conocer a Mano. Estaba decepcionado.

8).- Pero aquello no fue pretexto para que la amistad con Mano se destruyera, es más, desde ese día se hizo más fuerte.

9).- Tiempo después me enamoré de Margaret, una chica que era parte del grupo. Sin embargo, no fue en el grupo donde la conocí, sino antes, uno o dos años antes en la esquina de una plaza. Simplemente la vi doblar en esa dirección, me quedé mirándola y me gustó de inmediato.

10).- Al cabo de un tiempo la volví a ver pero tuve la ocurrencia de seguirla. Yo andaba en bicicleta y me fui pedaleando lentamente por la vereda de enfrente. Después de una hora más o menos sabía donde vivía, y algo de quién era. En otra ocasión la vi andando con su pololo, un tipo bajo con melena. Eso no me importó.

11).- Y así llegó el día, después de uno o dos años en que el grupo nos juntaba por primera vez. Yo estaba con Mano y otros chicos sentados en un banco de una plaza cuando a lo lejos la reconocí. También vi que no venía sola, sino que con Ximena, la inseparable amiga de Vanesa. Al acercarse lo suficiente le pregunté a Mano si la conocía. Me dijo que sí, que ella también era parte del grupo y se llamaba Margaret.

12).- Pasaron algunos meses en los que Margaret y yo frecuentamos los carretes del grupo. La verdad es que no hablábamos mucho y no sabía que yo estaba enamorado de ella.

13).- Así fue cuando un día, por fin, sin intermediarios me decidí a decirle todo lo que sentía.

14).- Una tarde nos fuimos a tomar a un bosque y al llegar a él supe que era el momento preciso y me emborraché con la intención de acabar con el miedo. Al terminar el carrete la llamé, y sin pensarlo ni preguntárselo, la abracé. Ella hizo lo mismo. Empecé a hablarle, a hablarle de todo, desde el día en que la vi por primera vez, hasta lo que me produjo su presencia ese día sentada junto a todos nosotros.

15).- De lo que ocurrió más tarde tengo pocos recuerdos. No recuerdo qué me decía Margaret en el trayecto, no recuerdo dónde iban los demás en tanto que nosotros íbamos hablando y tampoco recuerdo a dónde llegamos. Sólo supe en la mañana que habíamos llegado al patio de un amigo de Vanesa.

16).- Al rato abrí los ojos y pude ver todo. Yo estaba tirado sobre otros chicos que estaban igual de borrachos que yo, y al lado, quizá encima de nosotros, estaba Ximena teniendo sexo con alguien. Al instante mis ojos se volvieron a cerrar. Momentos después volví a despertar porque me estaban moviendo. Alguien me tomó de los brazos y me levantó. Ese alguien me dijo que teníamos que movernos de ahí. Pero yo me puse a vomitar. Me pasaba la manga de la chaqueta por la boca, cuando debajo de un árbol vi a Mano y Margaret besándose. Me desesperé. Sentí como el corazón me comenzó a latir más fuerte, pero en un abrir y cerrar de ojos la fuerza del alcohol volvió a de-

rrotarme y a dejarme en el suelo. En la mañana desperté durmiendo en una cama desconocida al lado de Vanesa y Esteban sin acordarme todavía de lo que había visto.

17).- A la semana de ese carrete mis padres decidieron enviarme a su ciudad natal a pasar el verano. Yo estaba saliendo demasiado y según ellos, estaba cambiando y no para bien.

18).- Es así como pasé dos meses en una ciudad lejana con unos tíos. Sin fiestas, sin salir en las noches y sin nada de alcohol. Lo que hice durante ese verano fue estar encerrado en una pieza escuchando rock; salir a caminar en las tardes; juntarme con un amigo a hablar de los temas más triviales y pensar en Margaret.

19).- Las vacaciones terminaron y volví a mi ciudad. Era el último sábado antes de entrar a clases y después de almorzar decidí ir a dar una vuelta a ver si me encontraba con alguno de los chicos. Por supuesto que los encontré. Crucé la calle y fui donde ellos. Estaban todos, excepto Mano y Margaret. Todos me saludaron amablemente. Hacían memoria de lo que habían vivido en el verano. Vanesa me preguntó por qué me había ido de la ciudad. Le conté y al terminar de hablar me dijo que Margaret había preguntado varias veces por mí. Me asombré porque siempre tuve la ida de que ella no me recordaría. Pero cuando le pregun-

té cómo estaba y qué había sido de ella, Vanesa me tomó del brazo y le dijo a los demás que iríamos a comprar cigarros. Me extrañó su comportamiento pero enseguida supe el motivo. En tanto caminábamos en dirección a un negocio, Vanesa me contó lo que había ocurrido con Margaret y Mano. A ella se lo había contado Margaret hace sólo unas semanas. Cuando Vanesa entró por los cigarros, mis ojos se llenaron de lágrimas y entendí que algo había cambiado.

20). Mano había violado a Margaret y mis sentimientos hacia ella se vieron afectados. Por más que la haya querido no estaba dispuesto a olvidar. Esto es extraño. Primero porque ella no tuvo culpa y segundo, porque no era mi polola. Increíblemente la rabia que me causó todo eso deterioró lo que sentía por ella. Todo eso se destruyó. Mano lo destruyó

21).- Aunque mi afecto hacia Mano cambió drásticamente, durante algunos meses seguí juntándome con él, intentando demostrar que nada había sucedido. Mano no sabía que Vanesa me había contado lo ocurrido y se comportó conmigo como de costumbre.

22).- Un día, llegó al banco de la plaza donde nos solíamos juntar y me llamó hacia un lado y me dijo toma esto es para ti. Era un cassette de Skid Row. Al entregármelo agregó que él siempre tenía

algo para mí. Yo pensé, sí, hijo de puta, tú siempre tienes algo para mí. Algún día yo tendré algo para ti y me vengaré. Pero disimulé perfectamente. Le di las gracias y le pregunté cuándo debía devolverle la cinta. Me dijo que me la regalaba, que hacía tiempo la tenía guardada para dármela. Le volví a agradecer y volvimos a la banca. Al estar sentados un rato me dijo al oído si podía acompañarlo a comprar marihuana. Lo medité un momento y accedí. Imaginé lo que podría ocurrir: Mano drogado y yo lúcido listo para darle una paliza. Me di ánimo y entendí que una posibilidad como esa no se daría tan a menudo.

23).- Había oscurecido cuando me junté con él en una esquina. Acababa de dejar de llover por lo que el suelo estaba mojado y hacía frío. Los dos nos pusimos unas chaquetas gruesas para abrigarnos. Además yo llevaba puesto un gorro de lana para hacerme menos visible a los ojos de cualquiera.

24).- Al llegar a la casa de la Lichy Mano me dijo que esperara afuera del cerco porque a la vieja no le gustaba que pasaran desconocidos a su casa. Eso hice. En tanto esperaba cerca de un árbol, vi que se aproximaban dos hombres a la casa. Al cruzar el cerco miraron hacia atrás para ver si iba alguien detrás de ellos. Tocaron, esperaron un momento y entraron. Al parecer no se percataron que yo estaba allí porque sus miradas no se dirigieron hacia mí

25).- Sin sospechar lo que iba a ocurrir comencé a caminar en dirección a la esquina debido a que Mano se demoraba y yo estaba impaciente. Así que llegué hasta la intersección de la calle con la avenida y en seguida volví a pasos lentos en dirección a la casa. Entonces ocurrió lo que nadie esperaba. Cuando estaba a punto de apoyarme en el árbol para seguir esperando, la puerta de la cocina se abrió violentamente y Mano con uno de los hombres salió rodando hacia el patio. Al instante, el otro hombre apareció en la entrada de la puerta diciendo dale, dale, sácale la mierda a este maricón. Yo no sabía lo que estaba pasando. Solo vi que ese hombre estaba golpeando salvajemente a Mano. Me desesperé y esa desesperación se acrecentó aún más al ver que el hombre que estaba golpeándolo sacaba un cuchillo. En ese instante mi mente se nubló y empecé a tiritar y no tuve más que correr e ir a defenderlo.

26).- Aquel recuerdo, el de ese justo instante, el de mi carrera y el impacto, el de esos 20 o 30 segundos, todavía me ronda día a día. No sé qué me sucedió. No sé qué pasó con mi rabia y mi odio hacia Mano. Ahora que pienso, en ningún momento se me ocurrió que un otro estaba cobrando venganza por mí, que un otro estaba haciendo pagar a Mano todo el daño que me había causado. No, no lo pensé. Quizá si lo hubiera hecho el desenlace de ese día sería algo que no valdría la pena

recordar. Pero sí la vale, si se recuerda porque en ese instante se decretó este encierro, se asignó esta celda y esta condena para mí.

27).- El hombre que golpeaba a Mano furioso no alcanzó a reaccionar al grito de su amigo que le prevenía del peligro. No tuvo tiempo de voltear la mirada, porque la piedra le impactó en la sien antes de cualquier intento de adivinar quién estaba detrás de sus espaldas. Y le di uno, dos, tres y más golpes en la cabeza hasta que la piedra se empapó de sangre y yo quedé exhausto de tanto golpearle. Al caer la piedra manchada, de la puerta de la cocina escuché el grito de la vieja Lichy que anunció la muerte del hombre. Y al instante, un golpe, un golpe de garrote certero en mi cabeza que me hizo caer y rebotar a cuerpo muerto en el suelo.

28).- Y el resto es otra historia: la historia del por qué de la pelea de Mano; la historia de cuando desperté en el hospital; la historia de la locura de mi madre por haberse enterado que había dado a luz un hijo asesino; la historia de mi juicio, mi condena y la de este encierro que al pasar los años se ha hecho más llevadero, más calmo.

Final:

Lo que ocurrió con el relator se acaba de saber. Lo que pasó con el resto de los personajes es algo parecido a esto:

Andrés: después de pasar un tiempo más con el grupo de chicos y chicas rockeros se dedicó a terminar su enseñanza secundaria. Después de eso se dedicó a buscar cualquier tipo de trabajo.

Mano: después de seguir siendo por un corto tiempo el líder del grupo de chicos y chicas rockeros se dedicó a buscar un trabajo sin haber terminado la enseñanza secundaria.

Ximena: después de abandonar el grupo entró a la universidad y se recibió de enfermera.

Vanesa: después de abandonar el grupo tuvo un hijo y se dedica a ser dueña de casa.

Margaret: después de abandonar el grupo se fue de la ciudad. Nadie ha sabido más de ella.

Esteban: después de abandonar el grupo entró a la universidad y se recibió de profesor de Historia.

Lichy: después de incidente fue detenida y enviada a la cárcel. Le dieron una condena de cinco años y un día.

ENTRE PESTAÑAS

1

Después de unos tragos de tequila ella le preguntó a él por qué se había terminado la banda. Él le dijo porque el bajista se fue a la capital y el guitarrista tenía pretensiones musicales distintas. Ella le dijo que debió haber seguido solo porque tenía las capacidades para hacerlo. Él se rió y le dijo que lo disculpara, que no quería hablar del tema. Él le puso sal al limón y lo chupó y se metió un corto de tequila. Ella hizo lo mismo. Él le preguntó por su último pololo. Ella le dijo que habían terminado hace un tiempo. Él se paró y cambió el disco y le dijo que estuvo bien que cortó con esa relación. Ella dijo que lo había lamentado har-to y que por eso había acabado en el hospital. Él le preguntó por qué. Ella le dijo que el día en que terminaron se tomó un sobre de Alprazolam y despertó en una camilla con dos enfermeras y un doctor al lado. Él se sorprendió y le dijo que gracias a Dios estaba con vida. Ella se rió y le dijo que no metiera a Dios en el asunto.

2

Ambos se rieron.

3

Él y ella ya no ponían sal al limón y lo chupaban

y se metían un trago de tequila. Él y ella bebían directo de la botella.

4

Él estaba borracho. Ella también. Él se paró del asiento a cambiar el disco y se cayó al suelo. Ella se apuró a levantarlo. Él se pudo sentar con su ayuda. Ella le dijo que se fuera a acostar. Él le dijo que lo acompañara.

5

Él y ella se abrazaron y entraron tambaleando a la pieza.

6

Ninguno cerró la puerta.

7

Él la empezó a besar. Ella se dejó. Él le dijo que se quitara la ropa. Ella dijo que no. Él insistió. Ella le dijo que parara. Él siguió y le dijo que no pasaría nada. Ella le dijo que no quería.

8

Entonces él le quitó la ropa. Ella empezó a gritar y a forcejear.

9

Los gritos de ellas pronto se transformaron en gemidos.

10

Ella gemía. Él gemía.

11

Estaban tirando.

12

Terminaron de tirar.

13

Ella se levantó al baño.

14

Ella estaba desnuda.

15

En el baño ella vomitó y se cayó y rompió el lavamanos.

16

Ella gritó y dijo que había roto algo. Él se levantó y la encontró tirada al lado del wc con el lavamanos a un costado partido en dos. Él la levantó y la llevó a la cama.

17

Al rato gemían.

18

Ella y él gemían.

19

Estaban tirando nuevamente.

20

Y yo miraba. Miraba desde el sillón. Miraba apenas separando los párpados. Miraba apenas respirando.

21

Yo estaba borracho. Pero a la vez no estaba borracho. Yo me hacía el borracho. Él y ella me hacían borracho.

22

Pero yo estudiaba a los que pensaban que estaba borracho. Los estudiaba apenas separando los párpados. Apenas abriendo los ojos. Los estudiaba a través de mis pestañas. Porque yo no estaba borracho. Yo me hacía el borracho.

23

Al rato él se levantó y se acercó a mí y me tapó con una manta. Yo lo miré entre pestañas. Le vi las piernas y el culo peludo y me dio asco.

24

Me dio asco mi amigo y me dio asco mi hermana. Me dio asco la casa de mis viejos. Me dio asco lo que habían hecho. Me dio asco saberlo puto. Me dio asco saberla puta. Me dio asco no haber intentado cambiar el transcurso de los hechos.

UNA HISTORIA ESCOLAR

A mi primo y amigo Alan Carrasco

1

Me llamo Priscila y acabo de cumplir 18 años. 18 años, seis mil quinientos setenta días, ni más ni menos. Supongo que una debe ponerse contenta, feliz, al saberse más joven o más vieja, depende de cómo se mire, claro. Pero la felicidad no viene al caso. La felicidad no va conmigo. Es irrelevante. Lo relevante es que yo Priscila, Pri o Prisci, acabo de cumplir 18 años y estoy a punto de salir del colegio. Aún me quedan unos meses para graduarme, pero queda poco, muy poco.

2

Dicen de mí que soy gruñona, mal genio, enojona. Odiosa, dicen algunos. Esto puede ser cierto. No es que odie a todo el mundo pero debo decir que odio el colegio. Odio a las monjas, odio su religiosidad, su falso carisma, su intolerancia. Odio a mis compañeras, sus conversaciones, sus juegos, sus amoríos. De paso odio a mis profesores. Odio su altanería y vanagloria. Odio su falta de docencia. Sin embargo, y como de costumbre, existe una excepción, la diferencia. ¿Por qué será? ¿Qué es lo que determina ese algo distinto? No tengo idea. Lo que sí sé es que esa excepción fue Francisco, o el profe Francisco, o el profe

de Historia, que fue el único que pudo llevarse mi atención, respeto y cariño por algún tiempo, y que a su vez, no supo aprovechar, no supo entender lo que quería con él. Pobre hombre. Hoy en día quién sabe cómo lo estará pasando.

3

Es lamentable no enterarse cuándo empieza una historia, porque cuando uno se da cuenta, ésta ya ha empezado. Yo no sé cuándo se inició la historia con el profe Pancho. Puede que con mis continuas preguntas después de clases; o con mis excelentes respuestas en las pruebas; o en ese paseo de fin de año. La verdad no lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es del día en que por primera vez sentí algo por él. Lamentablemente en un comienzo no fue un sentimiento amoroso, más bien fue un sentimiento sexual, porque una mañana empecé a imaginarme al profe Pancho entre mis piernas, haciéndome el amor. En un comienzo deseché la imagen, pero al parecer demasiado tarde. Después de un rato no aguanté y terminé masturbándome. Al acabar sentí pudor y vergüenza y mucho más al verlo en el colegio aquella tarde. Pero me fue inevitable no hacerlo. Mis días de estudiante pasaron a tener otro color desde entonces. Quizá fue en ese instante cuando nuestra historia comenzó. Puede que así sea.

4

La historia comenzó a avanzar, a crecer, a contarse. Un día el profe Pancho me llamó después de clases y me pasó un libro que hace tiempo había dicho iba a pasarme. Era una resumida Historia de Gracia de no recuerdo qué autor. Me dijo que en cuanto lo leyera debía darle mis impresiones. Yo acepté entusiasmada. Al llegar a mi casa empecé con el libro. Pero después de unas cuantas páginas las imágenes teniendo sexo con él volvieron a abordarme. Y ahí en el sillón, en tanto leía, metí mi mano debajo del vestido y empecé nuevamente.

5

Si se trata de comprender, no puedo hacerlo. Tampoco puedo recordar que él haya tenido alguna conducta que insinuara algo más que mero interés en mi situación escolar. No, claro que no. Además yo no era de esas típicas minas calientes que piensan en sexo todo el tiempo o se meten con tipos para experimentar en la cama. Tenía mis rollos, naturalmente, pero eran solo míos. Lo del profe Pancho parece ser una especie de pasión que brotó sin previo aviso, sin un porqué.

6

La cosa es que estuve guardándome el secreto por un tiempo. Como no confiaba en mis compa-

ñeras no tuve el valor para decírselo a ninguna. Pero pasado ese tiempo resolví hablar con él y contarle mi secreto. En un recreo le dije lo que me pasaba. Se extrañó y medio huraño me dijo que era algo normal a pesar de todo. Obviamente no le conté lo que hacía pensando en él, le conté simplemente que me gustaba y no dejaba de pensarlo. Pero antes de que sonara el timbre me dijo que no debía mezclar las cosas, porque él era un profesor y yo una alumna. Yo le dije que me era inevitable. El insistió en que tenía que desechar la idea y buscarme un pololo, hacer deporte, ocupar más mi tiempo libre. Decepcionada me fui a la sala. Me sentí ridícula y traté de olvidar, pero no pude.

7

Desde ese día mi relación con él fue diferente. Él se alejó. Su actitud hacia mi cambió. No volvió a hacer que respondiera las preguntas difíciles en sus clases; tampoco me volvió a prestar libros; mucho menos volvió a quedarse conmigo después de la hora de salir. En ocasiones intenté conversar con él pero rápidamente guardaba sus cosas, excusaba que tenía un compromiso y me dejaba sola, en medio de una sala vacía. También mis notas en su asignatura empezaron a bajar. Él nunca dijo nada. Nunca trató de hablar conmigo y ver qué me pasaba. Si mis notas eran un cinco o un tres iban sin miramientos a acabar en el libro

de clases. Antes no era así. A pesar de eso yo no pude dejar atrás mis deseos más ocultos. A veces sentía rabia por no ser capaz de sacármelo de la cabeza y hacer una vida normal. ¿Qué me ocurría? ¿Qué me estaba pasando? Eran preguntas que me hacía todas las noches antes de dormir. Pero el profe Pancho se alejó de mí. Y es obvio, él era el profesor y yo la alumna. Desde su mirada adulta jamás podría haber pasado algo entre nosotros. Pero yo no podía, juro por Dios, que no podía quitármelo de la cabeza.

8

Hasta que un día tuve la idea e intenté, según yo, una buena jugada. Era viernes y ya todos se habían ido a sus casas. El profe Pancho aún estaba en la sala, al parecer corrigiendo unas pruebas. Se extrañó e inquietó al verme entrar y cerrar la puerta. De inmediato se puso en alerta. Sin esperar momento le dije lo enamorada que estaba de él y que ya no daba más. Me puse a llorar. El llanto fue espontáneo. Le pedí que por favor no fuera indiferente conmigo, que yo entendía la situación en la que nos encontrábamos, pero que hiciera el intento de comprender. Yo le dije que conocía amigas que habían terminado casadas con sus profesores, que habían terminado siendo felices. Pero él estaba inmutable. Llorando como estaba me acerqué e intenté besarlo. Él me apartó y se paró. Me dijo que no lo intentara de nuevo,

guardó sus cosas y salió enojado de la sala. Yo no supe que hacer. Me senté en una silla y seguí llorando. Imaginé lo peor: que le diría a las monjas, que ellas llamarían a mis padres; que como de costumbre me llevaría una surra de golpes, y que al final, terminaría disculpándome y rezando un Padre Nuestro. Me sentí morir. Afortunadamente nada de eso pasó. Y esto para el bien mío, pero para el mal de él.

9

Al día siguiente caminando en dirección a mi casa, recordé lo sucedido. Sentí mucha tristeza, lástima por mí misma. Sin embargo, al pensar y pensar en la escena del día anterior, el odio y la rabia se apoderaron de mí. De un momento a otro la lástima y la pena se transformaron en pura maquinación, en pura venganza. Me prometí que haría pagar a Francisco por esa humillación. Me prometí acabar con él y su carrera de profesor. No me importó. Se lo merecía y punto. También me alarmó. Debo reconocerlo, pasar de la tristeza a la rabia tan rápido, pero al final terminé aceptándolo. Comprendí que era un mecanismo de resguardo, de defensa.

10

Pasé algunas semanas planeándolo todo y puse el plan en ejecución un jueves en la tarde, cuando no hay estudiantes en el colegio. Al corro-

borar que él estaba en la sala de siempre, pasé al baño y empecé. Me senté en el wc y comencé a tocarme, a meterme los dedos, rápido y con fuerza. En un comienzo tuve miedo porque era virgen, pero mi rabia y rencor eran más fuertes. Metí mis dedos hasta que sentí como la sangre empezó a correr. No era nada placentero, pero no tenía otra opción. Cuando terminé pasé mis manos manchadas por la falda y por mi ropa interior. Para cualquiera pudo haber sido una sesión más de placer, pero para mí no. Para mí fue un ritual, la ejecución de un plan, el paso previo para acabar con la carrera de un profesor.

11

Al llegar a la sala Francisco estaba concentrado en unos trabajos. Cuando entré, se quitó los lentes y me dijo que por favor me fuera, que estaba muy ocupado. Yo cerré la puerta y me abalancé contra él. No le di tiempo y me subí encima de sus piernas y le dije que me diera una oportunidad, que estaba loca por él, que lo deseaba, que me masturbaba todos los días pensando en su cuerpo, que estaba enamorada, muy enamorada. Lo tomé fuerte y en varios intentos no pudo zafarse de mí. Traté de desordenarle lo más que pude, de desabrocharle lo más que pude, antes que con un impulso y fuerza desmedida me quitara de encima y me dejara tendida en la mesa. Y ese fue el instante, ese fue el momento en que empecé a

gritar, a gritar cada vez más fuerte auxilio, auxilio, auxilio, me están violando. Al parecer Francisco se acababa de dar cuenta de mi plan. Su rostro se desfiguró y empezó a decirme que estaba loca, que era una enferma y que no iba a salirme con la mía. Yo empecé a llorar y a decirle, me violaste, Francisco me violaste. Él movía la cabeza y volvía a repetir que estaba loca, que estaba enferma. Pero me pasé la mano por entre las piernas y se la mostré. Él miró atónito. Su rostro mostró vacilación e imaginé que por unos instantes creyó en todo lo que yo decía, en que de verdad había violado a una alumna. Se vio confundido. Se vio violador. Pero volvió a decir que estaba loca y enferma. En instantes la puerta se abrió y entró un auxiliar con la inspectora y mi plan se vio concluido. Alarmados vieron la escena y preguntaron qué estaba pasando. Y yo no pude responder, no pude responder porque seguía llorando a gritos encima de la mesa sin poder parar.

INDICE

Suicidio inminente.....	7
Susy.....	11
Imágenes.....	19
Instrucciones para quemar un disco de Pearl Jam.....	25
Solución suicida.....	33
Don A.....	39
Un cuentito de amor.....	45
Los Neronianos.....	49
El asesino.....	59
Entre pestañas.....	73
Una historia escolar.....	79

